

XLI PREMIO DE NARRACIÓN CORTA FELIPE TRIGO

Susana García Nájera

El efecto Foehn

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta obra fue galardonada con el XLI Premio de Narración corta Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Carmen Posadas, Carolina Rubio Alonso, Paqui Chaves Pérez, Victoria Pineda González, Isabel María Pérez González, Ana Muela Pareja e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2022

© Susana García Nájera, 2022

© Fundación José Manuel Lara, 2022

Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 733-2022

ISBN: 978-84-17453-94-7

Printed in Spain–Impreso en España

Para Rosa Márquez, Elvira Navarro y mis amigos
«Los Eñes», capitaneados por Ignacio Ferrando.
Sin su apoyo, correcciones y preguntas incómo-
das no hubiera sido posible este Efecto que nos
rebota a todos.

Yo no sé, mira, es terrible cómo llueve. Llueve todo el tiempo, afuera tupido y gris, aquí contra el balcón con goterones cuajados y duros, que hacen plaf y se aplastan como bofetadas uno detrás de otro, qué hastío. Ahora aparece una gotita en lo alto del marco de la ventana; se queda temblequeando contra el cielo que la triza en mil brillos apagados, va creciendo y se tambalea, ya va a caer y no se cae, todavía no se cae. Está prendida con todas las uñas, no quiere caerse y se la ve que se agarra con los dientes, mientras le crece la barriga; ya es una gotaza que cuelga majestuosa, y de pronto zup, ahí va, plaf, deshecha, nada, una viscosidad en el mármol.

Pero las hay que se suicidan y se entregan enseguida, brotan en el marco y ahí mismo se tiran; me parece ver la vibración del salto, sus piernitas desprendiéndose y el grito que las emborracha en esa nada del caer y aniquilarse. Tristes gotas, redondas inocentes gotas. Adiós gotas. Adiós.

JULIO CORTÁZAR

«Aplastamiento de las gotas»

de *Historias de cronopios y de famas*, 1962

CAPÍTULO 1

La noche está inquieta. Hace un calor sofocante dentro del coche, pero no puede bajar la ventanilla porque hay mucho viento y se está levantando tierra y polvo por todas partes. Es el preludio a la tormenta que está por desencadenarse. El aparcamiento del hospital está casi vacío a las diez de la noche.

–Mira que son feos los árboles –dice en voz alta, a pesar de estar solo, y ve desde el asiento cómo sus ramas se tuercen hacia un lado y otro. Parecen enfermos, divaga ahora en silencio, como que no crecieron lo suficiente y, si lo hicieron, los venció tanta enfermedad y pena que pasan por su lado.

Intenta buscar la luna en el cielo, pero no la encuentra por ningún sitio. Está aparcado debajo de uno de los ramales que conducen a la autopista y a ambos flancos se alzan moles de edificios. Aun con las ventanillas subidas, se pueden oír las sirenas de las ambulancias que se alejan y las que se aproximan. Esto hace que el

interior del auto se tiña de ámbar y oscuridad, ámbar y oscuridad una y otra vez.

Como las ramas de los árboles, ese día comenzó torcido desde primera hora de la mañana. Dos meses antes de lo previsto, Sara se puso de parto y le llamó para que la llevara a urgencias. Él estaba en la oficina y le dijo que cogiera un taxi y que se reuniría con ella cuando pudiera salir, pero ella se negó. Lloró y le dijo que solo estaba de siete meses, que no podía ser, que había roto aguas y que eran de color oscuro, y ella había leído que eso no era buena señal y volvió a llorar y luego le gritó y le volvió a pedir entre sollozos que la fuera a buscar, que era también su responsabilidad. Mientras él la intentaba calmar, cogió las llaves del coche, su cartera y salió de la oficina sin hablar con nadie.

Surgieron problemas en el parto y por eso tuvo que aguardar en una sala de espera mal iluminada y con eco. Olía a comida, a sopa aguada y lenguado sin sal, a patata cocida y pasos arrastrados por los pasillos grises. Las horas pasaban lentas y él no sabía nada, ni de Sara ni del niño y se preguntó si eso era bueno o malo. Se preguntó de nuevo qué era bueno y qué era malo para él y lo supo enseguida. Cuanto más tiempo pasaba, más alto era el número de llamadas perdidas y se entretuvo un rato fabricando las excusas que daría en casa y en el trabajo. Llevaba meses haciéndolo, por lo que unas cuantas más no importaban. También rezó, era la segunda vez que lo hacía en su vida. La primera fue durante un trayecto en avión a Moscú. Hubo un fallo mecánico

y durante doce segundos eternos el avión descendió a trompicones. Estuvo seguro de que acabaría estrellándose. No recordaba cómo lo hizo aquella vez, así que en esta improvisó. Rogó a Dios para que ese niño naciera muerto, rezó con empeño y ahínco y le prometió no volverle a pedir nada más. Lo juró y siguió jurando, una y mil veces. A cambio, él dejaría a Sara de una vez por todas, se centraría en su trabajo, desatendido en los últimos meses y también en su mujer y en los hijos que sí tenía. Le dio su palabra de honor y dijo solemne, mientras miraba al techo y sin que nadie le pudiera oír, que eso sería un pacto entre caballeros.

El niño, se justificó, ni había nacido, aún no contaba.

Horas más tarde, continuaba en la sala de espera. La situación seguía siendo crítica. De pie, frente a la máquina de *vending*, después de haber leído todos los envoltorios por puro aburrimiento, empezó a sentirse el hombre más ridículo de aquel hospital, dando una palabra de honor que obviamente no tenía y tratando de sellar un pacto entre caballeros cuando él, desde luego, no lo había sido y ni mucho menos hoy. ¿Dónde se pensaba que estaba? ¿En el siglo pasado? Solo le había faltado persignarse, cosa que dudaba si sabría hacer. También sabía que todos esos ruegos y súplicas eran fruto de la desesperación porque su cabeza, siempre calculadora y eficiente, lo había abandonado por primera vez en su vida.

Desde donde estaba sentado vio pasar a dos mujeres y supuso que eran madre e hija porque se parecían mucho. Una era la versión joven o vieja de la otra. La

anciana se había detenido justo enfrente de él para recobrar el aliento y se apoyaba en una barra metálica de la que colgaba una bolsa de suero. Era tan delgada que pudo ver con claridad sus venas abultadas y hasta la aguja que le insuflaba el alimento, clavada en el dorso de su mano amoratada y esquelética. La hija, tras ella, la seguía aburrída en zapatillas de estar por casa. Llevaba decenas de horquillas prendidas en el pelo y el tintineo de las pulseras precedía cada paso que daba. La vieja lo escudriñó de arriba abajo como si pudiera leer sus pensamientos. Él se sintió invadido y se enfadó de una forma exagerada. Si hubiera podido cerrar la puerta de golpe lo hubiera hecho, pero se quedó sentado sin moverse, rojo de ira, pero, sobre todo, avergonzado.

El crío no contaba, dijo para sus adentros, aún no contaba, y desvió la mirada al suelo. ¡Gitanas!

Cuando ya comenzaba a anochecer, una doctora entró en la sala de espera.

–Como la niña ha sido prematura, está en la unidad de cuidados intensivos neonatales. Tiene muy poco peso, los pulmones inmaduros y sufre una displasia broncopulmonar. Está muy débil. Las próximas veinticuatro horas serán críticas porque tiene muchas dificultades en el sistema respiratorio. Lo lamento.

–¿Una niña?

–Eh, sí –responde la doctora con extrañeza.

–Nos dijeron que era un niño.

–Bueno, a veces pasa. No es fiable al cien por cien –se

excusa ella. Del gorro verde se le han escapado unos mechones rubios que coloca detrás de la oreja con un gesto fatigado—. Puede ver a la madre en cuanto la suban a planta. No ha dejado de preguntar por usted.

—¿Qué posibilidades tiene el niño, perdón, la niña de sobrevivir?

La doctora sopesa la respuesta antes de empezar a hablar. Está cansada. Tiene unas ojeras pronunciadas y la cara grisácea, con el maquillaje a ronchones casi absorbido después de un turno demasiado largo. No le va a mentir y tampoco tiene fuerzas para darle esperanzas.

—Si yo fuera usted, iría a conocer a mi hija ahora que está viva. Acérquese a ese mostrador —le dice señalando con el dedo— y allí, Holly, la jefa de enfermeras, le dará todo lo que se debe poner para entrar en la Unidad de Cuidados Intensivos: gorro, bata, mascarilla... Yo le vendré a buscar en unos minutos, ¿sí? Luego, vaya con su mujer y prepárense para lo peor.

—Ella no es mi mujer —dice apenas en un susurro, mientras se dirige al mostrador que le ha dicho la doctora. Cuando llega, pasa de largo y sigue las indicaciones que le llevan a la salida.

Una vez fuera del hospital, respira por fin el aire fresco, aunque sigue oliendo a comida y a desinfectante. En el aparcamiento busca su coche y cuando lo encuentra se mete en él. En uno de los parabrisas hay un ticket medio enrollado. ¡Malditas gitanas! Activa los limpia-parabrisas para deshacerse de la multa. El cristal se embarra por las gotas de agua, el polvo y el polen que

sueltan los míseros árboles que hay alrededor. Las ambulancias no dejan de llegar, y sus sirenas le martillean la cabeza. Las luces naranjas se introducen en el coche de forma intermitente y dibujan círculos deformes. Los *limpias*, moviéndose de un lado a otro sobre el cristal, no se deslizan, se arrastran quejándose. Todo está borroso, todo es un esperpento de color ámbar y comienza a llover.

Qué asco de clima, piensa, después de tantos años viviendo en Londres y no me he acostumbrado a la maldita lluvia, ni a los malditos cielos tan oscuros y tan grises. ¡Qué asco de vida!

Los limpiaparabrisas se mueven más rápidos y el barro empieza a desaparecer de la luna gracias al agua que cae con más y más intensidad. Los árboles soportan a duras penas la tormenta. Otro chaparrón como este y amanecerán agonizando, tendidos en el suelo y con las raíces por fuera.

—Mira que son feos los árboles, parecen enfermos —dice en voz alta.

Dentro del auto huele a perro mojado. El asiento del copiloto todavía está húmedo y hay una mancha inmensa con un cerco blanquecino repugnante. Tiene ganas de vomitar. Acaba de ser padre y además de una niña. Él ya tiene tres varones. Debería volver a casa y contarlo todo. La otra opción es seguir quieto como está ahora y no hacer nada, dejar que todo se vaya sucediendo irremediablemente. Querría acostarse y dormir. ¡Está tan cansado! De repente siente una presión en el pecho, el

corazón le late muy rápido y le cuesta respirar. Se palpa un brazo y luego el otro, no recuerda cuál es el que le debería doler si lo que está sufriendo es un ataque y, por unos segundos, piensa que esa sería la única vía de escape. No le parece mala del todo. Se prepara para exhalar el último aliento y, sin embargo, no llega. Gira la cabeza y mira la fragilidad de los árboles y cómo sus ramas de tanto curvarse finalmente se han quebrado. La presión del pecho va disminuyendo y los latidos de su corazón se ralentizan. Las ramas, aun partidas, siguen moviéndose, arrastrando las hojas por el suelo lleno de tierra y arena. Cae en un dulce letargo.

De improviso se despierta y piensa que ni para morir ha tenido suerte. El cielo ya no es de color azul marino sino negro y muy espeso. Mira el reloj y calcula las horas que lleva metido en el coche: dos. Está congelado. Gira la llave en el contacto y pone la calefacción al máximo, después mira el móvil y ve todas las llamadas perdidas de unos y otros y los mensajes acumulados. Selecciona el último, un audio de Sara. Supone que será como los anteriores en los que le pide que vaya con ella, que suba a la habitación, que lo necesita más que nunca y, sin embargo, no. Es distinto.

Tras escucharlo, piensa que la situación podría reconducirse. Junta sus manos en las cervicales y las masajea. Se reclina apoyándose en el reposacabezas. Debería sentir pena, en cambio resopla varias veces, desanudando solo un poco la tensión agolpada en las últimas horas, en las últimas semanas, incluso en los últimos

meses. Recostado en el asiento, piensa en la idea de volver a España con su familia y cuanto más lo piensa, más acertada le parece. Arranca el motor del coche y conduce hacia su casa. Mientras lo hace, busca una gasolinera. Se detiene en la primera estación de servicio que encuentra, repostada y, cuando va a pagar, pregunta si le pueden lavar el coche por dentro. El chaval que está en la caja le señala el reloj.

–Es casi medianoche, colega –dice meneando la cabeza con cara de haberlo escuchado todo ya–. Nadie te va a lavar el interior de tu coche.

–No importa –dice dándose la vuelta y caminando hacia el vehículo situado junto al surtidor.

Mientras conduce, nota cómo su cabeza, que le había abandonado durante todo el día, reaparece y se va haciendo poco a poco con el control de sus acciones y sus pensamientos. Comienza a planificar y tomar decisiones.

Decide no meter el coche en el garaje, como hace todas las noches. Lo aparcará en una de las calles alejadas a su casa. Hace un gesto de desagrado cuando es consciente del hedor que despide el otro asiento. Decide que mañana, a primera hora, llamará al trabajo y dirá que está enfermo, hará que le laven el coche y después irá al hospital. Decide que verá a Sara por última vez y se despedirá de ella para siempre. Regresará a casa y allí reunirá a su familia y les comunicará que es hora de volver a España. No inmediatamente, claro está, pero dentro de unos meses, quizás para Navidad.